

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Italo Luis Grassi

Administrador:

Juan Delbosco

Secretario de redacción:

Jacobo Waismann

Redactores:

Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Rómulo Bogliolo

Mario R. Natta - José Porto - Agustín A. Forné

Año IV

Septiembre y octubre de 1916

Núm. 39 - 40



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1885

Buenos Aires

La subdivisión de la tierra

(Esbozo para un programa)

Cuando Alberdi, en sus famosas "Bases", desarrollaba, explicándolo, su importante postulado de "gobernar es poblar", guardaba, seguramente, en el fondo de su doctrina, la idea de que, para gobernar poblando, era necesario establecer la subdivisión de la tierra en fracciones accesibles al trabajo de una familia.

En sus artículos, el ilustre argentino, americano en la amplitud generosa de sus miras, no llega a esta altura de análisis, por dos razones primordiales: primero, porque su libro es una síntesis, si bien meditado mucho tiempo y profundamente, son sus palabras, escrito con rapidez; y segundo, porque en los momentos en que fué escrito, lo fundamental era "poblar"; poblar, sin detenerse a especificar en qué cantidad debía entregarse la tierra al trabajador extranjero. La cantidad de población haría lo demás, como en parte lo ha hecho.

Pero la época actual, producto de la evolución social y política, lenta y continua a la vez que intensa, exige que el problema sea abordado con decisión, oportunidad y altura de miras, porque en ello está interesado el presente y el porvenir de la república.

Bajo esta nueva faz, el contenido de la fórmula "gobernar es poblar", necesita una sanción legislativa, tanto más indispensable cuanto que, la situación económica del país, se halla en un estado de impostergable reparación.

¿Ha de necesitarse más inmigración? ¿Es posible conseguir esa inmigración? Acomodándonos a la situación en que nos encontramos frente a la Europa conflagrada, contestamos que no.

Pero, es necesario preparar el terreno para cuando las situaciones cambien; y como ello sucederá dentro de no largo tiempo, nada se pierde con poner desde ya manos a la obra.

Con la población establecida en la república, podemos poblar grandes extensiones baldías, mediante la subdivisión de la tierra en parcelas, cuyos límites fijaría el legislador.

Se dirá que, para dominar esos baldíos, es indispensable que el riel se extienda, y que, por ahora, no es fácil realizar ese anhelo. Sin entrar a discutir esta cuestión, compleja por cierto, se puede asegurar que poseemos otros medios para estrechar las distancias, como ser la vía fluvial, a la que con un poco de esfuerzo privado y oficial, podría dársele mayores proporciones. En cuanto a la vía marítima y a la marina mercante, el H. Congreso ha abordado ya el estudio del asunto. Pero no hemos de esperar todo de la acción oficial, sin la cual, es de nuestra idiosincracia *south americana*, diría Agustín Alvarez, apenas sabemos andar. Concordamos con la idea de la Federación agraria argentina, en cuanto a la administración de la marina mercante nacional.

Las estaciones terminales ferroviarias de Buenos Aires, la Pampa, el Chaco, etc., son susceptibles de ser rodeadas de colonias, cuyos pobladores podrían, con sus propios vehículos de carga, transportar el producto de sus cosechas hasta los lugares de embarque. Se constituirían así, abundantes núcleos agrícolas que, ensanchando la riqueza agraria, proveerían la subsistencia a numerosas familias, fortaleciéndose así la economía nacional.

Llegamos ahora al punto esencial del problema: el colono. ¿Cómo conseguirlo? Pues, lo tenemos en casa para iniciar la obra.

El colono anda errante. Hay muchos hombres fuertes, excelentes instrumentos para la colonización, y que no poseen recursos suficientes que permitan lanzarse a la tarea; carecen de capital para adquirir semillas, útiles de labranza, animales de trabajo, etc.

En las mismas ciudades y en sus alrededores, existen hombres en vida latente, diremos, que no gozando del bienestar económico a causa de la crisis, tampoco pueden alcanzarlo lejos de su domicilio, es decir, en la campaña. Una gran cantidad de población vive así, fermentando su miseria y su relajación física y moral, por falta de trabajo sano y honesto, anestesiando sus energías en una vida sedentaria y sin horizontes.

El ensanche del éjido en los partidos, sería, a nuestro entender, un medio muy eficaz para la subdivisión de la tierra y para proporcionar trabajo a infinidad de hombres. Viven en los pueblos de la campaña centenares de trabajadores que aceptarían gustosos y decididos un pedazo de tierra, la semilla e instrumentos necesarios para labrarla, y que, sin embargo, no encuentran trabajo, obligados a una vida precaria, impedidos de enviar sus hijos a la escuela, y, lo que es más doloroso, viendo su enflaquecimiento por el hambre y por la falta de un lecho higiénico.

Infinidad de criaturas de ambos sexos, andan descalzas y andrajosamente vestidas, implorando "pan viejo", de puerta en puerta, expuestas a los peligros de la vida callejera. Esto se ve en todos los pueblos de la provincia, con una profusión demasiado sintomática.

En muchísimos partidos, pasado el límite de las chacras, de circuito estrecho, las estancias ocupan el resto, y en cada una de ellas viven y trabajan muy pocos hombres, "en su mayoría solteros".

El que haya observado el movimiento de los "almacenes" en la campaña, habrá notado la gran cantidad de consumidores de artículos de primera necesidad, por importes de cinco o diez centavos. La proporción de esta categoría de consumidores es muchísimo mayor que en las épocas normales, si las ha habido, económicamente, en nuestro país.

Otra consecuencia de esta falta de trabajo, es la prostitución, y la prostitución sedentaria. La mujer, con tal de obtener una galleta para sus pequeños, entrega muchas veces su cuerpo y el de sus hijas, al primero que se presenta.

Insistimos en el comentario de las consecuencias de tal estado de cosas, para hacer resaltar la necesidad de combatir, en la forma que propiciamos, la desocupación, pues,

como se ve, esas consecuencias son una verdadera epidemia social que no es posible, bajo ningún pretexto, mirar con indiferencia.

Los legisladores, en su mayoría, ¿están enterados de la existencia de esta gran lacra social que, poco a poco, como la gota de agua, horada la piedra de las generaciones futuras?

La buena distribución de la tierra, es en sí, intrínsecamente, un acto de economía política, de defensa social, del mismo modo que la distribución y circulación inteligente de la moneda, lo es de la economía del capital. El capital, actualmente, se halla estancado en nuestras instituciones bancarias, ganando un interés bajo. Un estancamiento semejante esteriliza el capital humano. Ambos fenómenos juegan, en el organismo social y político, el mismo papel que la flebitis en el sistema circulatorio.

No hay trabajo, no hay plata, es la frase constante. Sin embargo, existen muchas hectáreas de tierra que, explotadas en pequeñas fracciones, harían la suerte de miles de familias.

La riqueza circularía así, y su consumo sería normal y su distribución beneficiosa, fecunda y reconstituyente.

Reconociendo que la tierra es una riqueza en estado latente, si se admite la frase, que exige la aplicación del trabajo humano para ser transformada en una riqueza activa, cuya inteligente circulación, consumo y distribución hacen, en gran parte, la grandeza de los pueblos, lógico es pretender que en nuestro país, donde existe una gran cantidad de hombres no capitalistas pero aptos para dedicar la energía de sus brazos a las tareas de la agricultura, la tierra sea subdividida en una forma tal que su adquisición se haga accesible al habitante de modestos recursos, puesto que ello, al par que un estímulo para la instalación definitiva del obrero rural en el lugar donde trabaja, significa también una multiplicación de los aspirantes a la agricultura, actividad que reconforta el espíritu e intensifica la salud.

La ventaja de la subdivisión de la tierra radica, socialmente, en la incitación al trabajo y, políticamente, en la ampliación del comercio, aumento de la población y acumulación material de energías vivas, etc.

El ensanche del éjido de los pueblos no es una operación imposible, ni siquiera difícil; por el contrario, es necesaria como factor de progreso, porque con ella se cumpliría uno de los grandes fines de la economía política: la aplicación del trabajo humano a una labor fecunda.

Es preciso proporcionar trabajo a los habitantes desocupados, facilitándoles la tierra, sin someterlos a las cláusulas de contratos exigentes, con intereses punitivos.

La explotación de la tierra subdividida en pequeñas parcelas, realizada por los elementos con que contamos en la hora actual, es un asunto de oportunidad y de realización apremiante para la economía general de la república, para el presente y porvenir del país.

SALVADOR A. GARCÍA.